

Capítulo 7

La Fundación Rockefeller y la construcción de una red de expertos agrícolas en Chile (1942-1970)

Fernando Quesada

Introducción

A principios de la década de 1940 la Fundación Rockefeller estableció programas de asistencia agrícola con diversos países latinoamericanos. México fue el primer país en el que se puso en práctica un programa operativo que consistía en la colaboración entre la Fundación Rockefeller y el gobierno mexicano. Inició sus actividades en 1943 y recibió el nombre de Programa Agrícola Mexicano. En 1950 le sucedió uno similar en Colombia. Cuatro años después la agencia filantrópica emprendió uno para Mesoamérica denominado Programa de Mejoramiento del Maíz y al año siguiente puso en funcionamiento otro en Chile. En 1956 le tocó el turno a un proyecto de menor alcance en Ecuador. También constituyó algunos más modestos en Perú, Brasil, Honduras, Bolivia y Guatemala. La internacionalización de estos proyectos sobrevino cuando se extendieron hacia India en 1957 y posteriormente a Filipinas, Bangladesh y Tailandia. En las décadas posteriores también se reprodujeron en varios países africanos (Tanzania, Kenia, Nigeria y Uganda). A partir de 1968, estos proyectos comenzaron a denominarse “Revolución Verde”.

La Revolución Verde fue, probablemente, uno de los proyectos más ambiciosos que Estados Unidos desplegó desde la Segunda Guerra Mundial y expandió internacionalmente en la posguerra y mediante el cual articuló las acciones institucionales de agencias del gobierno norteamericano, organismos multilaterales y fundaciones filantrópicas.

La historia de la Revolución Verde se remonta a la Segunda Guerra Mundial y a la pretensión de Estados Unidos de estrechar relaciones di-

plomáticas y comerciales con países de América Latina. En sus orígenes confluyeron los intereses internacionales de la Fundación Rockefeller con la *Office of Coordinator of Inter-American Affairs*, dependiente del Departamento de Estado Norteamericano y con el Instituto Interamericano de Cooperación para la Agricultura, con el objetivo de obtener materias primas estratégicas para la guerra (Picado, 2008). Con posterioridad, en el contexto de la Guerra Fría devino en un programa global, en el que se complementaron la Fundación Rockefeller, la Fundación Ford, el Punto Cuatro y otras agencias federales de Estados Unidos. De esta forma, se erigió como una alternativa para contrarrestar la influencia comunista y una estrategia de contención del comunismo, interviniendo en el proceso de modernización económica de los estados nacionales.

Una perspectiva transnacional y reticular sobre la Revolución Verde permite observar la dinámica de circulación e intercambios científicos (maquinaria y tecnología), académicos (agrónomos, fitopatólogos y médicos veterinarios) y materiales (semillas, fertilizantes y agroquímicos) al interior de la red global (Méndez Rojas, 2017).

Entre 1955 y 1968, la Fundación Rockefeller desarrolló un programa operativo en Chile para aumentar la producción de alimentos. Pero este proyecto en particular se conformó sobre una extensa red de instituciones y expertos que la agencia filantrópica conformó desde principios de la década de 1940 y que interconectó con otros países y programas, por medio de becas, subsidios y movilidades científicas. A diferencia de otros programas agrícolas nacionales que han sido extensamente estudiados, el caso chileno ha recibido escasa atención de parte de los analistas sociales. Y esto es llamativo porque, para la fundación, Chile representó el tercer proyecto más importante en América Latina, después del mexicano y el colombiano.

Ludovic Tournès y Gilles Scott-Smith consideran que la propagación transnacional y a escala global de los modelos científicos y académicos que auspiciaron las fundaciones filantrópicas norteamericanas se realizó a través de redes individuales (Tournès y Scott-Smith, 2018). Tournès reconoce las acciones y prácticas de las fundaciones filantrópicas como una forma particular de “diplomacia intelectual transnacional” cuya dinámica se sostuvo en las redes intelectuales que construyeron y en las posibilidades de movilizar saberes en cuatro dimensiones o niveles: hacia el interior del campo filantrópico, a nivel nacional en Estados Unidos, en las disputas y tensiones internacionales y, por último, en las dinámicas transnacionales (Tournès, 2010: 10).

Para el análisis del programa de becas construí una base prosopográfica de los beneficiarios chilenos de todas las disciplinas. La prosopografía permite la unificación metodológica de un conjunto de individuos con similares características –económicas, sociales, académicas o profesionales– y brinda parámetros para un análisis matricial de los mismos.

Esta metodología también posibilita el estudio por separado de cada uno, es decir, un seguimiento relacional de las coordenadas académicas, científicas e institucionales de los sujetos. La información biográfica fue extraída de las *fellowship cards* que se encuentran en el Rockefeller Archive Center y en base a los currículos de cada uno. Complementé estos recursos documentales con diversos archivos de la Fundación dedicados a las ciencias agropecuarias en Chile.

Los orígenes de la red chilena de expertos agrícolas

La trama que originó la red de expertos agrícolas de la Fundación Rockefeller en Chile se remonta a principios de la década de 1930 y tuvo como protagonistas a dos ingenieros agrónomos: Manuel Elgueta Guerin y Herbert Kendall Hayes. Las trayectorias de estos dos expertos se cruzaron en Estados Unidos, cuando Elgueta realizaba sus estudios de posgrado.

Elgueta nació en Talca en 1902 y se graduó de ingeniero agrónomo en la Universidad de Chile en 1922. Se especializaba en genética de los vegetales y, en 1933, fue nombrado encargado de la estación experimental de la Sociedad Nacional de Agricultura, cargo que ocupó hasta 1939. En 1932 la John Simon Guggenheim Memorial Foundation le otorgó una *fellowship* para realizar estudios de genética en las universidades de California y Cornell, entre 1932 y 1933. En Cornell conoció a Herbert K. Hayes, que por esos momentos era un destacado genetista con reconocimiento internacional, porque junto a Elvin C. Stakman habían desarrollado, a finales de la década de 1920, la variedad de trigo *Hard red spring*, resistente a la roya del trigo (*Puccinia glumarum*). Elgueta continuó durante seis meses sus estudios en Cornell, bajo la dirección de Hayes. Retornó a Chile y comenzó a desempeñarse en la Dirección de Genética Fitotécnica del Ministerio de Agricultura. En 1940 el Departamento cambió su nombre por Genética y Fitotecnica y recayó su dirección en Elgueta. Este fitogenetista comenzó a incorporar a jóvenes ingenieros agrónomos al Departamento.

Durante la década de 1940, en Chile comenzaron a adquirir relevancia técnica y política los expertos en agricultura, construyendo su perfil de individuos especializados cuyos saberes eran demandados tanto por el sector público como también por el privado. De este modo, consolidaron legitimación cultural como resultado de su paso por la universidad y la obtención de un diploma, conquistando gradualmente espacios institucionales dentro del Estado chileno y perfilando, a la vez, una agenda estatal de problemáticas relacionadas con la modernización agrícola, la mejora de los cultivos y el aumento de la producción primaria. Pero este

proceso fue gradual y no siempre estuvo acompañado por las instituciones universitarias que impartían estudios agrícolas.

La emergencia y consolidación de estos especialistas se produjo en paralelo a la institucionalización y diversificación del Ministerio de Agricultura, creado en 1924 pero con funcionamiento independiente a partir de 1930. Son precisamente los expertos los que pugnan al interior de la cartera por construir espacios exclusivamente especializados en sus intereses y prácticas. Y este proceso se produjo en una larga coyuntura de crisis del sector agrícola y al interior de una cartera por la que transitaron varios ministros, muchos de ellos con escasos conocimientos sobre el agro y a la que Sergio Gómez definió como “extremadamente sensible a los cambios políticos” (Gómez, 1984: 10).

Luego de la estancia de Elgueta en Estados Unidos bajo supervisión de Hayes, las relaciones entre ambos confluyeron en el marco de la política hemisférica denominada de “Buena Vecindad” del Presidente Franklin D. Roosevelt y cristalizaron, primero, en una estadía de Hayes en Chile para impartir clases de genética vegetal en la Universidad de Chile, y, posteriormente, en las negociaciones para obtener becas de la Fundación Rockefeller destinadas a la formación de los ingenieros agrónomos que se desempeñaban en el Departamento de Genética y Fitotecnia.

En 1941, Hayes llegó a Chile en una misión del Instituto de Asuntos Interamericanos que dirigía Nelson Rockefeller. Estados Unidos había ingresado en la contienda bélica internacional y necesitaba aliados en el hemisferio (Park, 1995: 132). Los objetivos de Hayes eran asesorar al Departamento de Genética y Fitotecnia y brindar un curso de graduados en la Universidad de Chile. Durante su estadía, que duró seis meses, recibió de parte del gobierno de Chile la medalla de la Orden al Mérito, dictó un curso para 18 estudiantes graduados, muchos de los cuales comenzaban a desempeñarse en el Departamento de Genética y Fitotecnia y redactó, junto a Manuel Elgueta, un plan de investigación cooperativa entre el gobierno y las universidades para mejorar el rendimiento de los principales productos agrícolas que producía el país.

A principios de esa década la Fundación Rockefeller comenzó a interesarse por las problemáticas agrícolas de América Latina. George Harrar refiere que fue el vicepresidente de Estados Unidos, Henry Wallace, el que en los primeros meses de 1941 le aseguró a Raymond B. Fosdick, presidente de la Fundación Rockefeller, que la manera de fortalecer la salud de las poblaciones era mejorar su alimentación. Esto condujo a Fosdick a inaugurar dentro de la División de Ciencias Naturales, a cargo de Warren Weaver, un programa para modernizar las ciencias agrícolas de los países al Sur del Río Bravo. El primer país latinoamericano cuyo sector agrícola comenzó a recibir atención por parte de la agencia filantrópica fue México (Harrar, 1950). Paralelamente al interés en México,

otros países de la región comenzaron a recibir la atención de la Fundación Rockefeller para cooperar en la modernización de sus sectores agrícolas y, en especial, de las ciencias agropecuarias.

En este sentido, la agencia filantrópica empezó a otorgar becas para graduados y profesionales con el objetivo de realizar estudios de posgrado en Estados Unidos.

Chile fue beneficiado de manera temprana por estos recursos filantrópicos en forma de *fellowships*. En 1942 la agencia filantrópica seleccionó a dos ingenieros agrícolas que se desempeñaban en el Departamento de Genética Fitotécnica del Ministerio de Agricultura, para especializarse en genética de los vegetales y en especial en el trigo. Los dos becados realizaron sus estudios en Estados Unidos bajo la dirección de Herbert K. Hayes, porque habían entrado en contacto con este experto durante el curso que dictó en Chile en 1941.

A partir de este momento, las ciencias agrícolas de Chile comenzaron a ser prioritarias para la Fundación Rockefeller y su importancia solo puede compararse con la relevancia que les asignó a las ciencias naturales. El programa general de becas de la agencia filantrópica en Chile se extendió desde 1938 a 1970. En este período, los ingenieros agrónomos y médicos veterinarios que obtuvieron la beca fueron 93, superados en cantidad por los de las ciencias biomédicas (n=121), pero próximas ambas en cantidad global de becas, debido a que de estas últimas solo dos científicos fueron beneficiados doblemente con la misma, lo que arroja la suma de 126 en total y de las agropecuarias 74 individuos recibieron una vez la beca, 2 fueron becados tres veces y 17 la obtuvieron dos veces, lo que arroja la cantidad de 113 becas en total.

Los montos de dinero otorgados por la Fundación a las ciencias agrícolas también permiten observar la relevancia de estas disciplinas en comparación con las sociales y naturales. En 1969 la Fundación Rockefeller informaba al gobierno chileno que los fondos otorgados a las ciencias agrícolas ascendían a US\$ 6.200.000 (desagregados en subsidios institucionales US\$ 4.000.000, visitas de expertos extranjeros US\$ 700.000 y becas US\$ 1.500.000). Mientras que las ciencias sociales se beneficiaron de US\$ 3.400.000 (institucionales US\$ 1.700.000, becas US\$ 1.500.000 y visitas US\$ 200.000) y las naturales con US\$ 2.945.000 (US\$ 2.000.000 destinadas a institucionales y US\$ 945.000 a becas).

La red de expertos agrícolas

El análisis prosopográfico de los 93 becarios muestra algunas características en común: los seleccionados eran jóvenes que obtuvieron la beca

a una edad promedio de 29,3 años y que tenían 5 años de graduados en promedio. En relación con los estudios de grado, de los 93 becados de las ciencias agropecuarias, 81 eran graduados de agronomía, en su mayoría de ingenieros agrónomos, y muy pocos casos solo poseían título de licenciados en agronomía, que era una instancia anterior al título de ingeniero. Los médicos veterinarios representaron una minoría, al ser solamente 12.

En la distribución por género se puede observar una gran asimetría en detrimento de las mujeres. Solo una mujer¹ fue becada por la Fundación Rockefeller para realizar estudios en el exterior.

Del total de expertos dos tercios (n=61) eran graduados de la Universidad de Chile, y una cantidad menor (n=23) de la Universidad Católica de Chile. En la década de 1950 se crearon dos nuevas facultades dedicadas a los estudios agrícolas, ambas ubicadas al Sur de Santiago. En 1954, junto con la fundación de la Universidad Austral de Chile, se produjo la creación de su Facultad de Ciencias Agrarias, que aportó solo un graduado al programa de becas de la Fundación Rockefeller.

Ligada a la asistencia técnica norteamericana, se creó la Facultad de Agricultura de la Universidad de Concepción en 1954. El proyecto conocido como Plan Chillán, que desarrolló el Ministerio de Agricultura junto con el Instituto de Asuntos Interamericanos de Estados Unidos y con fondos del Programa Punto Cuarto, cedió las instalaciones y el campus a la universidad y de esta forma se creó la carrera de Agronomía. Los graduados de esta casa de estudios en el programa de becas de la Fundación Rockefeller fueron 8 en total.

Para los titulados de las ciencias agrícolas de Chile, los estudios de posgrado en el exterior representaban un recurso altamente estimado porque hasta la década de 1970 las universidades chilenas solo ofrecían carreras de grado y los posgrados con un diploma no estaban institucionalizados. Según la Guía Informativa de las Universidades Chilenas de 1965, la Facultad de Agronomía de la Universidad de Chile poseía una escuela de graduados que brindaba formación de posgrado con una duración de 18 meses en genética y mejoramiento de vegetales y una espe-

cialidad más corta de tres meses en extensión agrícola para el área de Maipú. Pero la escuela no otorgaba títulos de maestría y/o doctorado, sino solamente un diploma de certificación. Por su parte, la Facultad de Medicina Veterinaria de esta universidad no poseía ninguna oferta de posgrado.

La Universidad Católica de Chile, la Universidad de Concepción y la Universidad Austral, es decir, las tres instituciones académicas que impartían carreras agronómicas y veterinarias, no ofrecían tampoco ningún título de posgrado

Esto explica en parte el objetivo estratégico de los expertos que se apuntaron al programa con objetivos muy específicos y similares: los que obtuvieron la beca para realizar entrenamiento técnico o estudios avanzados con un diploma fueron 23 individuos. En cambio, 40 lo hicieron con el propósito de realizar un *Master of Sciences*, 27 para realizar tanto el *Master of Sciences* como el *PhD* y solo 3 para realizar únicamente el *PhD*, en particular porque poseían estudios previos al doctorado en universidades extranjeras.

En relación con los países de destino, puede observarse en el programa de becas la fuerte atracción que tenía Estados Unidos en comparación con otros países. Del total, 81 se dirigieron a este país para realizar estudios de *Master of Sciences*, *PhD* o entrenamiento técnico. La opción por este destino no era un requisito excluyente para el otorgamiento de la beca, es decir, no condicionaba una circulación unilateral.

Pero otros factores explican la centralidad que tenía Estados Unidos en relación con los asuntos agrícolas. En este país, desde la segunda mitad del siglo XIX se comenzó a conformar y consolidar un sistema de instituciones dedicadas a la docencia, investigación, experimentación y extensión agrícola en el que se articularon el gobierno federal, los estados locales, las universidades y el sector privado; y la conjunción de intereses entre este cuadrilátero, según Perkins, fue más integral que en Alemania, país que también generó un sistema científico agrícola moderno. En el contexto de la Primera Guerra Mundial la agricultura pasó a ser considerada una actividad geoestratégica para el gobierno norteamericano, debido a la demanda de productos primarios que le requerían los países beligerantes (Cochrane, 1993). En las primeras décadas del siglo XX muchas universidades de Estados Unidos poseían carreras con disciplinas agrícolas consolidadas, tales como edafología, agronomía, patología vegetal, horticultura, ganadería y medicina veterinaria, y apostaban fuertemente por la genética vegetal como una disciplina prometedora para aumentar los rendimientos productivos del sector. Entre 1900 y 1940 se resolvieron las bases teóricas de la hibridación y la genética vegetal se consolidó y formalizó como una disciplina científica con reconocimiento social y político.

¹ Luz del Carmen Fernández fue la única mujer becada. Estaba casada con el ingeniero agrónomo Alberto Cubillos Plaza y ambos recibieron la *fellowship* el mismo año. Fernández nació en 1932 y se graduó de ingeniera agrónoma en 1957 en la Universidad de Chile. Se desempeñaba junto a su marido en el programa de investigaciones sobre la papa en el Departamento de Investigaciones Agrícolas del Ministerio de Agricultura. Con la beca se dirigió a México, al programa operativo que realizaba la Rockefeller en este país. Estuvo bajo la dirección de John S. Niederhauser, el experto en experimentaciones sobre tubérculos. También durante su beca realizó una estancia de un mes en el programa de la Fundación en Colombia, junto al especialista David Thurston.

Estos elementos contribuyen a ilustrar la gran atracción que significaban para los ingenieros agrícolas chilenos el sistema científico y universitario de Estados Unidos.

Los proyectos operativos que la Fundación Rockefeller estaba desarrollando en otros países latinoamericanos también fueron destinos a los que se dirigieron algunos becarios. En México, la agencia filantrópica contribuyó a la modernización de los planes de estudio de la Escuela Nacional de Agricultura, que desde 1923 se instaló en la localidad de Chapingo. Esta institución académica ofrecía programas de entrenamiento para ingenieros agrónomos y poseía un colegio de posgraduados en el que se dictaban cursos avanzados y algunas maestrías. Los ingenieros agrónomos que optaron por realizar estudios de posgrado en la Escuela de Agricultura de Chapingo en México fueron 5, a los que deben sumarse otros cuatro que realizaron entrenamiento técnico durante un tiempo en México, con estadías parciales en Colombia y Perú.

En algunos casos, las redes que habían construido los becarios en otros países o la especialidad por un campo de estudio que no poseían las universidades estadounidenses, contribuyeron a que otros centros académicos de prestigio internacional fueran los escogidos. Estos fueron los casos de los becarios que optaron por Nueva Zelanda, Australia, Brasil e Inglaterra, países que acogieron a un becario cada uno.

Destaca el interés que tenía la Fundación Rockefeller en la modernización de las instituciones estatales, la cantidad de becas otorgadas a expertos que se desempeñaban en el ámbito del Ministerio de Agricultura, tanto en el Departamento de Investigaciones Agrícolas, como en la institución que lo sucedió, el Instituto de Investigaciones Agropecuarias (INIA), creado en 1964 y del que la agencia filantrópica fue una de sus propulsoras. Los profesionales que fueron postulados por la cartera de Agricultura ascendieron a 48, superando ampliamente a la Universidad de Chile (n=14), la Universidad Católica (n=10), la Universidad Austral (n=4), el Instituto Bacteriológico (n=4), la Universidad de Concepción (n=5) y CORFO (Corporación de Fomento de la Producción) (n=2). Por su parte, la Oficina de Estudios Especiales, que era el organismo encargado de desarrollar el programa operativo de la Fundación en Chile, impulsó la selección de 6 individuos.

El fortalecimiento de una institución estatal por medio de la capacitación de sus expertos le daba la oportunidad a la agencia filantrópica de contribuir a la formación de sus recursos humanos pero, también, la posibilidad de cimentar espacios de influencia dentro del Estado y tener mayor cercanía a los núcleos de poder en los que se decidía un fragmento de los asuntos agrícolas nacionales.

El experto chileno de la Revolución Verde: René Cortázar Sagarminaga

La trayectoria de René Cortázar Sagarminaga ilustra la relevancia social que comenzó a adquirir la genética vegetal en Chile desde principios de la década de 1940 y, en especial, las investigaciones en torno al trigo, alimento que era el más consumido por la población. Pero también, a partir de su figura se puede trazar el itinerario de un experto de Estado, concentrado desde su temprana graduación en las investigaciones en estaciones experimentales del sector público, que fue beneficiario de diversos tipos de financiamiento de la Fundación Rockefeller y cumplió un rol fundamental en la articulación de las actividades entre el ámbito estatal y la Oficina de Estudios Especiales en el marco del Plan Agrícola Chileno.

René Cortázar Sagarminaga junto a Guillermo Jul Reyes fueron los dos primeros becarios que la Fundación Rockefeller seleccionó de las ciencias agrícolas. Cortázar realizó sus estudios en la Escuela de Agronomía de la Universidad de Chile entre 1935 y 1938 y se graduó de ingeniero agrónomo en 1940. Poco antes de su graduación ingresó a trabajar al Departamento de Genética y Fitotecnia del Ministerio de Agricultura supervisado por Manuel Elgueta Guerin y se hizo cargo, con solo 24 años, de las investigaciones sobre el trigo. En 1941 estuvo entre los estudiantes que realizaron el curso avanzado que dictó Herbert K. Hayes en la Universidad de Chile. Luego de esto, la agencia filantrópica le otorgó la beca para realizar un *Master of Sciences* en la Universidad de Minnesota bajo la dirección de Hayes. Esta beca se encuadraba entre las primeras que la División de Ciencias Naturales de la Rockefeller brindaba a América del Sur.

El área de especialización de Cortázar fue la roya del trigo (*Puccinia graminis*). Por esos momentos existían tres tipos de patógenos identificados: el *Puccinia graminis tritici* o “polvillo colorado”, el *Puccinia tritici* o “polvillo de la hoja” y el *Puccinia glumarum* o “polvillo anaranjado”. Este último comenzó a afectar las cosechas desde 1929 y durante varios años aquejó a las diferentes variedades de trigo de diversas áreas ecológicas de toda América. En Estados Unidos, las experimentaciones genéticas de Stakman y Hayes contribuyeron a limitar los impactos de este patógeno mediante cruzamientos para fortalecer su tallo, que era la parte más perjudicada por la enfermedad.

Aquí es necesario hacer una pausa para comprender el interés de la Fundación Rockefeller y del Estado chileno en la investigación científica aplicada a la producción triguera. El trigo era el principal cultivo de Chile desde finales del siglo XIX y su cosecha, como ha mostrado Fabián Almonacid Zapata, se duplicó entre 1909 y 1928 (Almonacid Zapata, 2009: 119). En las primeras tres décadas del siglo XX, la producción nacional al-

canzaba a cubrir la demanda interna y generaba un pequeño remanente para exportación. Pero en la década siguiente comenzó a existir un déficit entre la oferta y la demanda de este producto y la producción triguera no logró cubrir el consumo interno. Por esto, el faltante se cubría con importaciones provenientes de Estados Unidos y Argentina. Esta problemática se acentuó en las décadas siguientes.

Existen varios factores que explican la caída en la producción nacional del trigo y que pueden rastrearse en las políticas de control de precios que aplicó el Estado, en la crisis que afectó al sector rural y en la acción de elementos contingentes que afectaron las cosechas. La producción de trigo no escapó a la caída de los precios de muchos productos agrícolas que estuvieron atados a las consecuencias de la crisis económica de la década de 1930 y a las que las políticas estatales no contribuyeron a atenuar. Pero, también, es necesario destacar que en 1929 las cosechas de trigo en Chile sufrieron el ataque del *Puccinia glumarum* o “polvillo anaranjado”, que afectó a todas las variedades y causó pérdidas considerables en las cosechas. Esta enfermedad perduró durante toda la década. Una de las escasas y débiles armas que tenían los agricultores para atacarla era diversificar las variedades de trigo que se sembraba. El Estado chileno tenía una infraestructura científica ineficaz para hacer frente a esta enfermedad, como lo demuestra el hecho de que, en 1936, las muestras para desentrañar el código genético de este patógeno le fueron enviadas para su análisis a Alemania al Dr. W. Straib, porque no se contaba ni con maquinaria ni con los recursos humanos para realizarlo.

A comienzos de la década de 1940, confluyeron los intereses del Ministerio de Agricultura de Chile y de la Fundación Rockefeller; de este modo, el país se convertiría en uno de los primeros de la región en obtener becas de la agencia filantrópica para las ciencias agrícolas y Cortázar en uno de los primeros beneficiados con este tipo de recurso académico.

La postulación de René Cortázar era estratégica tanto para el Estado como para la agencia filantrópica. La cartera de agricultura podría contar con un especialista abocado al estudio de la patología que afectaba al principal cultivo del país, quien también era el principal encargado de los estudios sobre el trigo dentro del Departamento de Investigaciones Agrícolas. Por su parte, la Fundación Rockefeller becaba a un profesional joven, que en esos momentos tenía a su cargo las investigaciones sobre el grano en el Departamento de Genética y Fitotecnia y que, además, poseía capacidades de liderazgo científico, elementos que eran altamente estimados por los oficiales de la fundación.

Cortázar permaneció dos años en Estados Unidos y, en 1943, luego de finalizar sus estudios de posgrado en Estados Unidos y haberse especializado tanto en el hongo que afectaba al trigo como en la experimentación con nuevas variedades híbridas, la agencia filantrópica le concedió un

travel grant para visitar estaciones experimentales que estaban realizando pruebas con diversas variedades de plantas de trigo, en diversos suelos y en diferentes estaciones del año. La División de Ciencias Naturales de la Fundación Rockefeller tenía conocimiento de la diversidad de suelos en Chile y de las tres grandes zonas de cultivo que existían: una primera que se extendía desde el Norte y llegaba a Talca, la segunda iba desde Talca hasta Los Ángeles y la última de Los Ángeles hasta el Sur, las tres con diferentes niveles de susceptibilidad y afección a los *Puccinia*.

Con el objetivo de observar diversas variedades de trigos según sus estaciones de crecimiento y las afecciones que los asediaban, Cortázar visitó Ames en Iowa, Lincoln en Nebraska, Manhattan en Kansas y Fargo en Dakota del Norte. Luego de este itinerario retornó a Chile. Además del diploma de *Master of Sciences* y de los conocimientos adquiridos durante esta estancia, traía con él algunas variedades de trigos para realizar experimentos de adaptabilidad a las diversas áreas ecológicas de Chile. Entre las variedades que traía se encontraba el Iumillo, una de las variedades que Hayes había logrado cruzar con Marquis y que dio como resultado el híbrido conocido como Marquillo, y la Thatcher, un doble cruzamiento también realizado por Hayes que le resultó exitoso en Estados Unidos, como también otras variedades aportadas por su director.

De regreso a su país, asistido por Dionisio Pavez y Enrique Oliva, se abocó a los estudios sobre cruzamientos de nuevas variedades de trigo y, en menor medida, a las investigaciones sobre la cebada y la avena, cultivos que no eran de su especialidad pero con los que, también, se experimentaba en el Departamento de Genética y Fitotecnia. En 1948, la repartición adquirió mayor jerarquía burocrática al convertirse en Departamento de Investigaciones Agrícolas. Dentro de esta nueva estructura, y con mayores funciones de coordinación científica, gestionaba las investigaciones en las 16 estaciones y subestaciones experimentales que poseía el Ministerio. Dependía directamente de la Dirección General de Agricultura, organismo que estaba debajo del ministro. Este reposicionamiento de las prácticas científicas dentro de la cartera de Agricultura activó las primeras negociaciones con la Fundación Rockefeller para el otorgamiento de subsidios institucionales. Pero uno de los principales problemas que afectaba las investigaciones de los expertos eran los bajos sueldos que se les pagaba a los ingenieros agrónomos.

La jerarquización del Departamento de Investigaciones Agrícolas, el impulso que se le estaba dando desde la cartera a las investigaciones en las diversas estaciones experimentales, sumado a la cantidad de profesionales que poseían estudios avanzados en el exterior y al interés que tenía la agencia filantrópica de que los individuos a los que les financió sus estudios de posgrado con las *fellowships* se mantuvieran en la órbita del Departamento, despertaron la atención del Director para las Ciencias

Naturales de la Fundación Rockefeller, Warren Weaver quien, en 1949, visitó Chile con el objetivo de inspeccionar personalmente las posibilidades de inversión en el país. A partir de este año, comenzaron las negociaciones para que la Fundación Rockefeller otorgara subsidios al Departamento de Investigaciones Agrícolas y, en especial, para el pago full time de los ingenieros agrónomos que se desempeñaban en la institución, algunos de los cuales habían sido becarios de la agencia filantrópica.

Cortázar era un experto muy estimado por los oficiales de la Fundación Rockefeller y al que Norman E. Borlaug –quien en 1970 sería premiado con el Nobel de la Paz por su contribución a la Revolución Verde y a la *Green Revolution*– definió a como “el hombre más informado sobre agricultura en los servicios del gobierno”.

Borlaug acertaba al referirse a Cortázar como uno de los más destacados ingenieros agrícolas de Chile y, por esto, se le encargó la colaboración con la Oficina de Estudios Especiales que creó la Fundación Rockefeller para desarrollar el Programa operativo en Chile. Los dos primeros programas que se realizaron en el marco de este acuerdo se concentraron en la investigación sobre el trigo y los cultivos forrajeros. De esta forma, Cortázar y su equipo trabajaron de manera articulada con Josep Rupert y con los científicos agrícolas que la Fundación asignaba temporalmente a Chile.

En 1959, mientras Cortázar se desempeñaba como Jefe del Sub-Departamento de Producción Agraria y Pesquera del Ministerio de Agricultura, la fundación le concedió una segunda beca para realizar el *PhD*, nuevamente en la Universidad de Minnesota, pero en esta ocasión bajo la dirección de W. M. Myers. Este fitogenetista norteamericano había estudiado y trabajado con Hayes y cuando este último se retiró en 1952, Myers se hizo cargo de la División de Agronomía y Genética Vegetal. Myers también quedó encargado del seminario de graduados que dictaba Hayes en la Escuela de Graduados de Minnesota y por eso dirigió los estudios doctorales de Cortázar.

Cortázar obtuvo el título doctoral en 1962 y regresó a su país. Pero varias cosas habían cambiado en Chile durante los tres años que estuvo en Estados Unidos. El Ministerio de Agricultura al final del mandato presidencial de Carlos Ibáñez del Campo había comprado los terrenos del “Fundo La Platina” para erigir la estación experimental central, así como otro terreno en Temuco para construir la del Sur. Así, con aportes de la International Cooperation Administration (ICA), del Consejo de Fomento a las Investigaciones Agrícolas (CONFIN) y de la Fundación Rockefeller comenzaron a construirse las estaciones experimentales de Santiago y Temuco. La agencia filantrópica envió a Chile a J. P. Perry Jr., un experto en infraestructura para experimentación agrícola, colaborador de los programas de México e India.

Estos dos acontecimientos mejoraron las condiciones en las que Cortázar realizaba sus prácticas científicas. El terreno que se compró era el que los expertos de la Oficina de Estudios Especiales recomendaban comprar y los nuevos edificios de las estaciones experimentales se hicieron bajo estrictas recomendaciones de Perry.

Otro acontecimiento que tuvo lugar mientras Cortázar realizaba sus estudios en Estados Unidos fue la reforma agraria, asunto que ganó terreno en la agenda política del Estado chileno y, según los oficiales de la Rockefeller, era el principal problema del Ministerio de Agricultura. Esto contribuyó a que la investigación agrícola pasara a tener un lugar subordinado dentro de la cartera. Frente a este escenario se retomó una estrategia que la Fundación Rockefeller había desarrollado en México y que desde hacía años recomendaba también para Chile: la creación de un instituto estatal autónomo respecto de la cartera de Agricultura y abogado específicamente a las investigaciones agrícolas.

En la presidencia de Jorge Alessandri, el ministro que sucedió a Manuel Casanueva, Néstor Orlando Sandoval, también estaba completamente de acuerdo con la creación del instituto y, mientras negociaba dentro de la coalición gobernante las voluntades para su creación, la Fundación Rockefeller organizó, a principios de 1963, un comité de expertos en ciencias agrícolas conformado por destacados ingenieros agrónomos que ocupaban cargos de relevancia en universidades y organismos estatales de Chile y financió las estadías y viajes de expertos provenientes de Estados Unidos. Es importante analizar quiénes eran estos individuos: Claudio Vergara, Jefe del Departamento de Investigaciones Agrícolas del Ministerio de Agricultura; Mario Cornejo, Jefe del Departamento de Producción Animal del Ministerio; Ramón Rodríguez, Decano de la Escuela de Medicina Veterinaria de la Universidad de Chile; Alberto Maturana, Asesor legal del Instituto de Desarrollo Agropecuario (INDAP); René Cortázar Sagarminaga, Jefe del Departamento de Investigaciones Agrícolas; Dionisio Pavez, Director de Agricultura; Boris Yopo, Director de la Escuela de Agricultura de la Universidad Católica de Chile y Hiram Grove, Director de la Estación Experimental Central. Cortázar, Pavez, Yopo y Grove habían obtenido becas de la Fundación Rockefeller y, desde su juventud, sus trayectorias científicas fueron apoyadas y propulsadas por la agencia filantrópica. Estos cuatro científicos trabajaban en coordinación con la Oficina de Estudios Especiales. Los asesores técnicos de Estados Unidos eran: Marion W. Parquer, director de la División de Investigaciones sobre Cultivos del Servicio de Investigaciones Agrícolas del gobierno de Estados Unidos; J.H. Meyer, jefe del Departamento de Ganadería de la Universidad de California; Charles Cornelius, asociado del decano de la Escuela de Medicina Veterinaria de la Universidad de California y W.

H. Allaway, director del Laboratorio de Nutrición, Suelos y Vegetales del gobierno de Estados Unidos.

Finalmente, el Instituto de Investigaciones Agropecuarias (INIA) se creó durante la gestión ministerial de Ruy Barbosa y se reglamentó bajo la presidencia de Eduardo Frei Montalva, con el Decreto Supremo N° 1093 de abril de 1964. El convenio entre el Gobierno de Chile y la Fundación Rockefeller se renovó ese mismo año por un período de cinco años.

Una vez creado el INIA, Cortázar trasladó sus investigaciones sobre el trigo a la estación experimental “La Platina” de esta institución, que fue inaugurada en 1964 y continuó desempeñándose junto a la Oficina de Estudios Especiales de la Fundación Rockefeller hasta que dicha institución cerró su programa agrícola en 1968.

Consideraciones finales

La idea original de esta investigación fue pensar las relaciones filantrópicas desde un enfoque concentrado en los individuos beneficiados con *fellowships* de las grandes fundaciones norteamericanas y en sus trayectorias, pero subordinando las variables institucionales a coordenadas en sus itinerarios. Es decir, cambiar el eje tradicional que ha hecho hincapié en las instituciones beneficiadas con fondos de las agencias filantrópicas.

En otros trabajos esboqué una hipótesis que consistía en poner en relevancia el caso chileno como país de recepción de diversas líneas de financiamiento filantrópico y el lugar preeminente que ocupó para la Fundación Ford en el contexto de la Alianza para el Progreso y hasta mediados de la década de 1970 (Quesada, 2015). El estudio del programa de becas para las ciencias agrícolas chilenas de la Fundación Rockefeller permite expandir retrospectivamente esta hipótesis, al ilustrar que Chile se convirtió en un destacado receptor de fondos y se posicionó en la geopolítica filantrópica norteamericana a principios de la década de 1940, se consolidó en esta cartografía cuando se inauguró el programa operativo en 1955, el cual se convirtió en el principal proyecto agrícola de la agencia filantrópica en el Cono Sur.

Los factores que dieron origen a la red de expertos agrícolas de la Fundación Rockefeller deben rastrearse no en los momentos cuando comenzó el programa de becas en 1942, sino una década antes, cuando Manuel Elgueta entró en contacto con Herbert Hayes en la Universidad de Cornell, mientras disfrutaba de una estadía de estudios propiciada por la Fundación Guggenheim, otra agencia filantrópica que también concedía *awards* y *fellowships* para científicos latinoamericanos desde 1929. Estas formas de diplomacia basadas en relaciones pre-existentes cristalizaron

en una coyuntura de acercamiento geopolítico de Estados Unidos hacia la región y se consolidaron e institucionalizaron cuando la Fundación Rockefeller dispuso becas para expertos agrícolas a principios de 1940.

El análisis de la trayectoria de Cortázar permite observar la consolidación de un experto agrícola en el ámbito estatal y la relación de sus itinerarios de formación y profesionalización con los recursos filantrópicos de la Fundación Rockefeller. En relación con la agenda de investigación, Cortázar afianzó aquella que interesaba tanto al Estado chileno como a la Fundación Filantrópica, es decir, las investigaciones sobre trigo.

Esta investigación también tiene como objetivo ampliar las hipótesis relacionadas con las dinámicas de intercambios transnacionales y la circulación de los individuos beneficiados con las becas de la Fundación Rockefeller en los países donde constituyó programas operativos que permitan inspeccionar conexiones, vínculos y enlaces entre ellos.

Bibliografía

- Almonacid Zapata, Fabián (2009), *La agricultura chilena discriminada (1910-1960). Una mirada de las políticas estatales y el desarrollo sectorial desde el Sur*, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid.
- Cochrane, Willard W. (1993), *The development of American Agriculture. A historical analysis*, University of Minnesota Press, Minneapolis.
- Gómez, Sergio (1984), *60 años del Ministerio de Agricultura. Los ministros de Agricultura en Chile 1924-1984*, FLACSO-Documento de Trabajo, Santiago.
- Harrar, George J. (1950), *Programa Agrícola Mexicano*, Rockefeller Foundation, New York.
- Horsfall, James G. (1993), “The Pioneer Experiment Station 1875 to 1975: A history”, Antoca Press-Union College Press, Kentucky and New York.
- Méndez Rojas, Diana (2017), “Notas para una historia transnacional de la revolución verde”, *Cuadernos Americanos*, 164.
- Park, James William (1995), *Latin American Underdevelopment. A history of perspectives in the United States, 1870-1965*, Louisiana State University Press, Baton Rouge.

Perkins, John H. (1997), *Geopolitics and the Green Revolution: Wheat, Genes, and the Cold War*, Oxford University Press, New York.

Picado, Wilson (2008), “Ciencia y geopolítica en los orígenes de la Revolución Verde”, *Revista de Ciencias Ambientales*, N° 36, N° 2.

Quesada, Fernando (2015), *La Universidad Desconocida. El Convenio Universidad de Chile-Universidad de California y la Fundación Ford*, EDIFYL, Mendoza.

Tournès, Ludovic (ed.) (2010), *L'argent de l'influence. Les fondations américaines et leurs réseaux européens*, Autrement, París.

Tournès, Ludovic, y Giles Scott-Smith (2018), *Global Exchanges. Scholarships and Transnational Circulations in the Modern World*, Berghahn, New York-Oxford.

Capítulo 8

La política exterior argentina, entre revoluciones, golpes y dictaduras. La gestión diplomática del almirante Samuel Toranzo Calderón en España (1955-1959)

Beatriz Figallo

A modo de introducción

Delineados los principios internacionales que pretendería mantener la “revolución libertadora” –alineamiento junto a las naciones occidentales, abandonando las menciones a la Tercera Posición del peronismo; acercamiento a Washington; vinculación natural con los países fundadores de la nacionalidad y los pueblos americanos; normalización de los vínculos con el Vaticano; ingreso a organismos financieros globales–, el rápido desplazamiento del primer elenco gobernante no modificaría en lo sustancial su política exterior. Las pulsiones más disruptivas estuvieron dadas por las acometidas contra aquellos países latinoamericanos que recibieron una diáspora peronista determinada a organizar el retorno del destituido presidente Juan Perón –llegándose incluso a la ruptura de relaciones diplomáticas con Venezuela y República Dominicana– y por la receptividad de distintas agrupaciones de exiliados políticos que formaban activas colonias en el país –sobre todo los paraguayos, pero también peruanos, bolivianos, guatemaltecos, cubanos, españoles, húngaros– (Figallo, 2013: 72-82) o que fueron encontrando refugio en territorio argentino, fruto de un proceso que se decía democratizador –pero que más tenía de voluntad de extirpar el sistema político peronista– y se manifestaba pedagógico frente a regímenes acusados de totalitarismos. Protagonistas de la autopercebida “primavera democrática argentina”,